

CULTURA

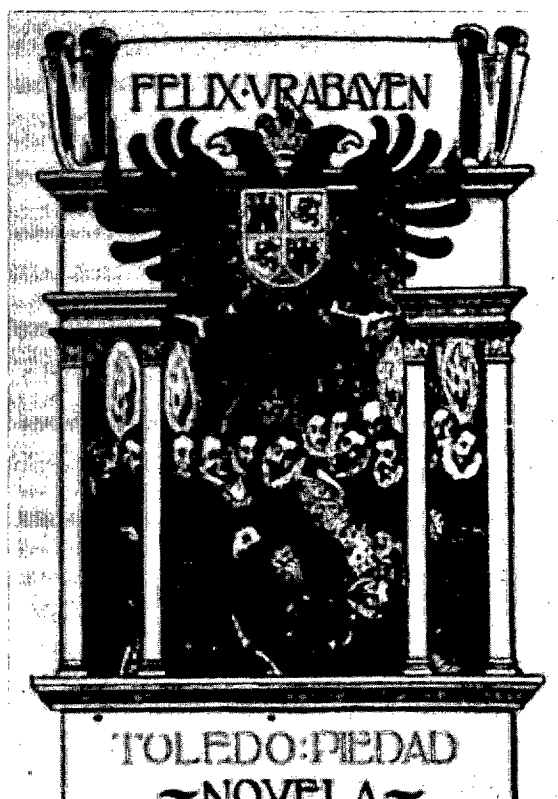
# Felix Urabayen: un disidente

Francisco Gómez-Porro

A Félix Urabayen no le disgustaría esta catalogación de voz disidente. No hay nada épico en su vida. Su temperamento no se forjó en las trincheras coloniales; tampoco vivió la negra bohemia modernista. No venía de la clase media como la mayor parte de sus coetáneos. Lo suyo no fueron las esperas cinégeticas al editor ni la calentura sedentaria de los veladores.

La verdad es que Urabayen no se encontró a gusto en sitio alguno, y mucho menos en su propia generación, que llama del 18, a la que diagnostica como enferma de "anemia ultraísta, futurista o dadaísta". No por ello carece su obra de opiniones; y opiniones de signo contrario. Eugenio de Nora escribió que su producción literaria era la de un artista puro, sin vocación crítica, un encantado por el paisaje que dibuja con arte exquisito y refinado; lo cual, no hay que decirlo, fue una manera de lavarle la cara en un tiempo de colores sordos. Gregorio Marañón dice que murmuró en sus obras de los toledanos, pero que nadie se lo tomaba en cuenta. Joaquín de Entrambasaguas, además de adjudicar a Urabayen una novelita, *El dique*, que en realidad fue escrita por su hermano Leoncio, se reconome contra la violencia elegante de su anticlericalismo, sin descuidar por ello una exudación paternalista o patriótica cuando le conviene.

Torrente Ballester lo emparenta con Bécquer, y nos lo deja ahí, pendiente de un hilo neorromántico, como el tío de la bicicleta, al que bastaría con soplar un poco para lanzarlo al vacío de la novela deshumanizada. Otros, con más acierto, vieron en Urabayen a un "rezagado" del 98, y no sólo porque su obra contiene inquietudes por la vida española características de ese grupo. Sobre todo, y esto es lo más importante, por su actitud crítica ante los hombres de esa generación, a quienes reprocha el abandono de los ideales que habían defendido en su juventud y a los que él mismo será fiel hasta el final de su vida. Tales son también los argumentos de Luis Sánchez Granjel y César Barja,



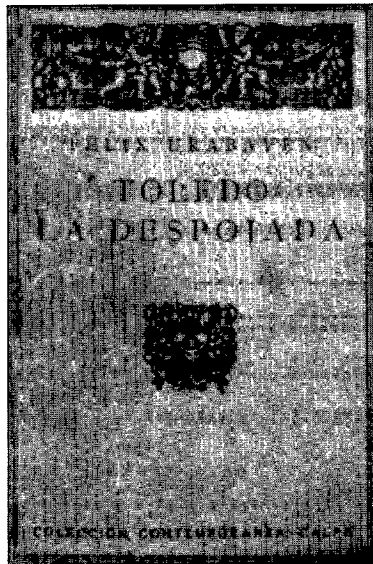
a los que se suma la opinión de Miguel Pérez Ferrero que lo llama hombre del "noventa y ocho y medio".

En cualquier caso, a Urabayen es difícil encontrarle acomodo en lugar alguno. Queda bien al lado de gente como Luis Bello, con el que compartió viajes toledanos, además del gusto por la ironía y un talanté regeneracionista en una época en la que ya no había lugar para Arcadias que no pasaran por los fusiles. Luis Bello nació en Alba de Tormes en 1872 y Ramón Gómez de la Serna le hizo un retrato de cuerpo entero que ocupa varias páginas: en la primera se le ve el abrigo, el garrote y la cabeza; en la segunda las piernas y otra

vez el garrote, y en la última más piernas y más garrote, además de los pies que son un absurdo, lo que le da un aspecto al pobre Bello de zopilote resignado y anémico.

Ramón decía de él que era la ironía, estirada, realizada. Si hay algo que caracterice la obra de Félix Urabayen es la ironía, esa cualidad de los melancólicos para descubrir la fruta picada y sonreírse antes de la primera mordida. Juntos recorrieron pueblos y aldeas de Toledo, y publicaron sus artículos en "El Sol" por las mismas fechas. Uno, las estampas, y el otro, sus crónicas viajeras que sustanció en un hermoso libro, ejemplo exponencialmente perfecto de reportaje regeneracionista. *Viaje por las escuelas de España* apareció en 1926 y lleva un prólogo de Azorín en el tercero de sus cuatro volúmenes, donde se lee que la patria son los niños.

Es curioso que Luis Bello, que era un escritor de oficio y periodista de beneficio, dedicara un abultado libro en varios volúmenes a la escuela, mientras que Urabayen, que recorrió las escuelas de las aldeas navarras como maestro de enseñanza elemental; que contribuyó decisivamente al Plan de Reforma de las Escuelas Normales, dirigido por Rodolfo Llopi; que compartió proyectos con los ideólogos de la pedagogía republicana; que vivió, en definitiva, entregado en buena parte al ideario reformista derivado de su trabajo docente, apenas dedicara unas pocas líneas en sus creaciones a la creación pedagógica.



Pero leyéndolo bien cae uno en la cuenta de que toda su obra es un acto de pedagogía literaria. Es más, la disidencia de Urabayen referida al grupo del 98 es más de índole pedagógica, y si se quiere política y moral, que literaria. Se refiere al ámbito ideológico, no a los logros y merecimientos literarios que distinguen a cada uno de ellos. El espacio fundamental donde Urabayen atocha su disidencia es Castilla, o, más concretamente, Toledo como paradigma de una Castilla que no es exactamente la de los hombres del 98.

## Toledo: historia e histeria

Félix Urabayen elaboró literariamente una idea política que denominó "injerto": el matrimonio entre el Norte y Castilla. Un matrimonio simbólico que habría de permitir la renovación de Toledo y de España. El injerto es una palabra clave en su trilogía toledana. Parte de la consideración de que han de ser sus paisanos, las hormiguitas vascas, las nobles hormigas intelectuales en el granero de la alta banca o en la solana bilbaína de los escritorios, los que bajen a Castilla, a Toledo, "embrión simbólico de España".

Conviene detenerse en esto del injerto. Urabayen pertenecía a esa categoría de escritor que sólo puede escribir de lo que conoce, de la tierra en la que vive y de la gente con la que se encuentra cada día. Por eso los lugares de sus obras son los mismos en los que transcurrió su existencia. De un lado, su tierra natal vasconavarra, a la que regresan siempre sus personajes tras fracasar en la vida castellana; de otro, Toledo y su provincia como *lugar del canto*, como expresión de la vida de Castilla y de España.

No pueden entenderse ideológicamente sus obras sin esta última componente castellanista que tiene sus fuentes en la Institución Libre de Enseñanza y en los regeneracionistas. Ve Castilla con los ojos de los hombres del 98 y como ellos sitúa la España esencial en el paisaje y la literatura castellana. La idea de una gran Castilla alcanzó su mayor grado de desarrollo precisamente por los años en que publica sus primeras novelas. Félix Urabayen convirtió ese debate ideológico minoritario en el núcleo de sus obras toledanas. Para Urabayen en Toledo se había concentrado la herencia eternamente vieja de "barro, sangre, lágrimas y dolor" de cada civilización. Pero en línea con el regionalismo castellanista pensaba que "Castilla sigue apoyada sobre el alféizar; se ha detenido en aquel momento. Mientras las otras regiones andan, ella escucha su sueño interior".

Para Urabayen ser simplemente navarro, vasco, andaluz o castellano, era ser un español incompleto, que era lo que decía

Antonio Machado a través de Mairena. El español según Urabayen si quería serlo de verdad tenía que pasar por Castilla, para volver luego al solar natal con una nueva energía. "Abajo, un racimo de nobles y claros varones es dueño y señor de cotos y dehesas que se extienden por la piel de España como una lepra... Hay propietario en Toledo cuyas posesiones abarcan más terreno que Bélgica. A estas sábanas de muchas leguas les llaman latifundios; es decir, lo que debiera ser pequeños flecos de un tálamo nupcial, se ha convertido en el terciopelo de un ataúd inmenso. Allí todo son cotos para caza o criaderos de toros bravos. Allí los ríos, grandes y magníficos, no pierden una gota hasta llegar al mar; allí los ferrocarriles, que debieran ser arterias, son sanguijuelas."

A pesar de este entusiasmo, sus personajes naufragan en el paisaje castellano y, desolados, resignados y siempre escarmentados, regresan a su lugar de origen, que siempre es un lugar en el corazón de su provincia navarra, un valle donde la guerra, el miedo, la traición o el desamor son metáforas del paisaje que asordina la vida de los hombres.

Como Julio Senador, Urabayen creyó en algún momento que el "regulador de la vida nacional" era Castilla, y que no había manera de que España renaciera fuerte y grande mientras Castilla siguiera viviendo en la "abyección". En el fondo Urabayen escondía un amargo arbitrista, que es como denomina José Jiménez Lozano precisamente a Senador, lo que convierte sus novelas en exponentes de una cierta literatura regeneracionista, de su ideario entusiasta y de su fracaso inevitable.

En una de sus estampas, muchos años después, al pasar por Illescas y ver el balcón de la casita en la que se recluyó Julián Sanz del Río, mientras maduraba sus ideas krausistas, escribió que su empresa de iluminar las cavernas del pensamiento español era quijotesca, porque "estaban guardadas por sabios trogloditas ahitos de prebendas. Cerraban el camino furiosos lobos: la intolerancia, la ironía beocia, el sarcasmo de los analfabetos, los aullidos terribles de un fanatismo ferozmente reaccionario..."

Esos mismos fantasmas devoran con dramática terquedad los proyectos de sus personajes; especialmente, los que aparecen en sus novelas toledanas.

## Contra el 98

Es en *Toledo: Piedad* (1920), su primera novela donde aparecen las críticas más duras contra el 98. Las tertulias en el casino le sirven para penetrar en la división social toledana y dibujar la "imagen deformada, quizá un poco caricaturesca, del alma nacional". Los protagonistas de la diatriba son Calatrava, escultor, y Roger, mitad comerciante y mitad periodista. Para este último los del 98 son unos "Sénecas de calderilla", sin ningún valor como creadores, críticos pesimistas y chillones que acabaron sacando tajada de la situación: un acta parlamentaria o un puesto en la prensa de perra chica. No eran poetas, sino actores grandilocuentes que sustituyeron el gusto tan español de los del 68 por la confitería europeizante.

Inerme, después de la dura acusación de su amigo, Calatrava reacciona defendiendo en ellos a los verdaderos precursores de la nueva literatura, y alega en su descargo que fueron los primeros en reaccionar contra las "tabernas de retórica". Los primeros "que clamaron contra el mosto teatral de Echegaray, contra el lírico peleón de Castelar, demostrando que estas bebidas, lejos de alimentar a las gentes, retrasan su nutrición ideológica." Además, "es la primera generación que estudia; la primera que nos trae el amor al paisaje, la inquietud por la tierra yerma, el amor a Castilla..."; la primera generación que

nos enseña a leer nuestros clásicos y “planta en nuestro barbecho literario algunas florecillas de cultura, espigando en nuestros místicos y pícaros, recogiendo en nuestro siglo de oro los materiales para su estilo. Gracias a ellos podemos beber agua europea en vasija castellana sin que sienta repugnancia nuestra vista atrasada y nuestro estómago perezoso.”

Pero Roger no ceja y, descompuesto, concluye que la vida de estos hombres “se resume en dos acontecimientos históricos: fingir un parto doloroso cuando perdíamos unos establos en América, y querer hipotecar después los pocos muebles del hogar a los vecinos que riñen. Su aurora se engarza con un ocaso de la patria; su ocaso va unido a la aurora de la nación. En el 98 lloraban la herida española; en el 18 lloran con idéntico dolor la herida extranjera. Por eso les llamé farsantes...”

No hace falta decir que esta actitud sería compartida años más tarde por algunos escritores jóvenes. Recuérdese que Luis Cernuda escribió que la del 98 fue una generación libresca, más rica en comentario estético que en creación artística, y en muchos casos inferiores a los escritores de la Restauración que no olvidaron la “máscara”, indispensable siempre para el artista.

En *Don Amor volvió a Toledo* (1936) la idea del injerto admite que el protagonista pueda no ser del Pirineo, sino de Cuenca. El protagonista no tiene tras de sí el numerario de Vizcaya ni de Cataluña, sino de Albacete y Quintanar de la Orden. Ya no es un frío ingeniero empeñado en llevar a cabo “el aprovechamiento integral y la industrialización del Tajo”. Sus razones como apunté más arriba están vinculadas al regionalismo castellano: “En España el progreso y la civilización han empezado siempre por la periferia; hay que evitar que en la política hidráulica ocurra lo mismo. De lo contrario, cuando a Castilla le tocara el turno no quedaría una gota de agua disponible.”

Como vemos la denuncia del expolio no se limita al patrimonio artístico toledano, sino que abarca a la vida económica de la región central, es decir, a toda Castilla.

Sobre el 98 vuelve a la carga de nuevo en esta última novela del ciclo toledano cuando habla de los desastrosos efectos que provocan los cincuenta años en la vida del hombre. “Es en esta hora terrible cuando Don Quijote se volvió Loco, don Eugenio (D’Ors) se dedicó a glosar vaciedades, don Pío empezó a encontrarles gracia a los académicos y don Miguel, acordándose de que era vasco, inició el retorno al cirio jesuítico y tradicional. Es el momento angustioso en que don Ramiro besa con unción el dólar y calumnia a la peseta. Al frisar en los cincuenta años —escribe— [...] el genio se disfraza de estúpido y casi todos los tontos adoptan posturas geniales.”

En una de sus estampas literarias, el autor se niega a ascender a las cumbres de Gredos porque Zaratustra siempre le ha parecido un enfermo y a él le basta con un libro, a condición de que no esté escrito por un literato de la generación del 98.

Por otra parte, sin Cossío, al que Urabayen confiesa releer a menudo, no se entiende su prosa más atenta a la disgresión didáctico-artística, aquellos tramos de su narrativa especializados en transmitir una interpretación del arte y de la cultura de Castilla. No es menos importante la influencia de *Angel Guerra* (1891) de Galdós. Realismo galdosiano y simbolismo esteticista se dan cita en sus novelas toledanas.

## Tras de trotera, santera

Sin embargo la más galdosiana de sus novelas es *Tras de trotera, santera* (1932), ubicada en Madrid. El protagonista, Juan Pablo, ya no es un ser excepcional imbuido de una tarea regeneracionista que llevar a cabo sobre la matriz castellana. Juan Pablo vive en su valle, en el molino, junto a su padre. Pero un

día es arrancado materialmente de su tierra natal y llevado a Madrid, a la casa de doña Juana, su madre, antaño puta a la puerta, trotera, y hoy santa bendecida, santera, símbolo de la España de Alfonso XIII.

Doña Juana émula de doña Perfecta, es capaz según el autor, de levantar “una cruzada sangrienta, para instaurar en España la dictadura divina del sagrado corazón”. Juan Pablo se rebela contra todo lo que rodea a su madre, que por otra parte le trata hipócritamente de “ahijado”. Se compromete con la República y colabora en la sublevación de Jaca. Pero a la muerte de doña Juana, el mismo día en que Alfonso XIII sale de España, la maniobras de la Iglesia y la administración impiden que Juan Pablo herede, por lo cual, asqueado, vuelve a su aldea.

La novela es una excelente crónica sobre el ambiente hostil que acompañó la llegada de la República, narrada con artesana serenidad y el aliento de quien ha sido testigo de lo que relata. Huelgas, manifestaciones, algaradas callejeras, mítines, cargas policiales, discursos, conferencias, tertulias discurren espolcados por la urgencia de los acontecimientos políticos. Espigando en la novela encontramos manojillos de palabras apretadas con diáfana desenvoltura, aceradas por la ironía. En la magnífica estampa del Paseo de Martínez Campos, emblema de la Restauración, donde tiene su residencia doña Juana y su ejército de curas y leguleyos, aparece el mejor Urabayen. En esta calle tiene lugar una lucha sorda entre posiciones políticas y éticas irreconciliables. Entre dos conventos se encuentra la “puertecilla” de la Institución Libre de Enseñanza. “Luchan Cristo y Giner, sin tener en cuenta que estos dos revolucionarios reproducen idéntica silueta en avatares distintos. Giner es un Cristo universitario; Cristo, un Giner de los tiempos romanos”. La Institución Libre de Enseñanza es en definitiva una “cuña laica incrustada en el corazón del clericalismo”.

Pero al final el protagonista, una vez más, vuelve a su molino norteño, decepcionado, refugiándose en la enramadas melancólicas de la vida aldeana.

*Tras de trotera, santera* es la que mejor se sigue de todas sus novelas. En opinión de Juan José Fernández Delgado el hecho de que esté dedicada a Azaña debe entenderse como un mensaje al amigo cuyo poder legítimo se tambalea amenazado por la derechas, contrarias al sistema democrático. La izquierda republicana carece de futuro en tanto se deje influenciar y dirigir por la España que domina con igual perfección los Evangelios que las pistolas y la Ley Hipotecaria.

## Literatura peripatética: las estampas

Urabayen definió las estampas como “literatura peripatética salpicada del prudente husmeo histórico”. En realidad, las estampas son minucias pedagógicas, pequeñas lecciones dictadas al paso donde se mezclan historia, filosofía, costumbrismo, reportaje, crítica social y política, análisis literario, descripción artística y paisajística. Podrían compararse con los artículos de Azorín que relatan sus viajes por La Mancha, o con el Salaverría de *Vieja España*. Sólo que a Azorín le sobra jabón, como escribe Juan Bonilla, y Salaverría es de una sosura inaguantable. Urabayen tiene un mordiente del que carece el aseado Azorín. Se moja más, y por eso se lee mejor.

Urabayen no viajó como Ciro Bayo campo a través, con bordón de peregrino y dos pesetas en la escarcela. Tampoco en tartana o en tren, como Azorín, dispuesto a ver el paisaje que llevaba en la maleta. Lo hizo en un viejo Ford, que conducía un amigo, aunque una y otra vez nos dice que viajar en automóvil le parece un atentado contra el buen gusto. Además, si pasa por Oropesa, como Solana, no se detiene a ver cagar a los curas detrás

de una tapia. Ve otras cosas, que tienen que ver con la historia menuda del lugar, que desempolva, y con el paisaje que dibuja sin arabescos preciosistas, aunque trabajado con el buril invisible de la constancia.

Por lo demás, en todas ellas aparece lo mejor de Urabayen: su pedagógica ironía. Al contemplar una piara de cerdos esqueléticos dice que tienen la arquitectura angulosa de las aves famélicas y los poemas ultraístas, por lo cual deduce "que las morcillas que suministra en Pombo Gómez de la Serna proceden de estos animalitos absurdamente alargados, como la pirueta de una greguería". De los pueblos toledanos que recorre dice que están llenos de "curas, alcaldes, maestros, secretarios, todos interinos, todos gentes de paso. ¡Ni luz eléctrica ni automóviles, ni *El Debate*, ni el *ABC*. Mucho cerdo, mucha cabra, muchas moscas, mucha avispa y bastante paludismo."

En *Vidas difícilmente ejemplares* (1930), se incluye la *Vida ejemplar de un claro varón de Escalona*, relato publicado en 1926 en un volumen independiente que remataban unas palabras de Enrique Díez-Canedo. Cuenta la vida de un nuevo pícaro de cordel y pan llevar, Honorio Hormigos, típico producto de un "pueblo rico en vinos, en homicidios y en dehesas, trinidad más castellana de lo que parece".

En *Estampas del camino* (1935), el más sólido y jugoso de sus libros de estampas, descubre que la verdad del pueblo castellano es que "se muere como se vive: un poco más de trabajo, un poco más de sudor. Pero no miréis a estos hombres con piedad desde la altura de vuestros cráneos urbanos. Todas las vidas tienen sus sorbos agradables; hasta las más humildes. Y ellos son felices, a pesar de que casi ninguno ha visto en su vida un tren ni un automóvil, ni ha oído hablar de D. Armando Palacio Valdés...". Hablando de un prohombre de la villa toledana de Ocaña que en su tiempo alcanzó la más alta distinción académica con sólo veinte años de edad, exclama: "¡Y pensar que D'Ors, Sassone y tantos otros titanes de la literatura no pueden ingresar con sus setenta y cinco años a cuestras! ¿Habrá injusticia mayor (con permiso de Calderón) que haber nacido tan tarde?".

Su sensibilidad anticlerical, siempre a flor del piel, le lleva a establecer sabrosas analogías: "Sobre las mil torrecitas cristianas, los campaniles de halda hueca y voltijeadora son monjes que nos invitan a orar, o por lo menos, a votar a Gil Robles."

Para presentar al lector el pueblo de Tembleque con su "olor inconfundible a historia castellana, épica y pedernalina, ciega y horra de ciencia, como toda fe", pide permiso a don Gabriel Maura "heredero del cirio del inmortal don Marcelino y autor de un segundo tomo de cuyo nombre no pienso acordarme". Otras veces, estremecido ante la observación de un aspecto punzante de la realidad, reacciona con poca indulgen-

cia. Así, al contemplar los silos de La Guardia, excavados en el monte, dice "que nos retrotraen, por su consoladora pureza, a la dichosa edad y siglos dichosos en que no había Prensa Católica ni Ateneos reformistas", y ve en ellos magníficas viviendas, de "donde resulta que La Guardia sería una residencia ideal para intelectuales y para otros que no lo son, pero que a quienes no vendría mal una temporada a la sombra".

Lo que está claro es que para ver lo que Urabayen dice ver y oír en los pueblos que recorre hay que haber estado en ellos, aunque sólo sea el tiempo justo para saludar al alcalde y a algún parroquiano erudito. Leyéndole se llega a la conclusión de estar ante el tipo de guía perfecto que uno desearía para recorrer en cualquier laberinto urbano, sea Toledo, Madrid, o cualquiera de los pueblos toledanos o navarros por donde pasa.

De Urabayen se ha hablado poco, dije al principio, y lo poco que se ha dicho ha sido siempre como perdonándole la vida. Durante los últimos años, los españoles hemos vivido en una amnesia forzosa, basada en el absurdo principio de que el estudio del pasado podía hipotecar la acción política del presente. Contrasta significativamente este año de 1998, conmemorativo del que hace cien años fue llamado del "desastre", con el pasado año de 1986 que hubiera servido para recuperar esa memoria y entender la verdadera naturaleza de la guerra civil española, auténtico desastre del siglo que se despidió.

Un personaje de una famosa novela de Josefina Aldecoa grita: "¡Venganza no, pero memoria sí!"

No basta, la verdad sea dicha, con apelar a la memoria. Es necesario, además, la voluntad de actuar contra el olvido. Voluntad para discriminar entre lo que merece la pena ser recordado, y aquello que sin perjuicio del presente podemos confiar al blando almohadón del olvido. A veinte años de la recuperación de las libertades democráticas, la obra de Urabayen como la de tantos otros es profundamente ignorada. La memoria no ha sido justa con este huésped de las nieblas toledanas. Sólo la tesis doctoral de Juan José Fernández Delgado, publicada hace ya una larga década alivia el olvido inmerecido en que sobrevive. Y no sólo porque su obra no haya sido reeditada, sino porque su nombre está por completo ausente de las numerosas publicaciones conmemorativas de este más que mediado 98.

Pero Urabayen merece algo más. Su obra representa el jugoso repertorio de una sensibilidad plural. Recoge el ideario de la izquierda republicana española y democrática, profundamente vinculada a las enseñanzas pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza y preocupada como los regeneracionistas por la evolución de su país. Un país que a lo mejor no le dolía como la cabeza o las muelas, que decía Unamuno de sí mismo, sino con el complejo del sembrador ante la tierra agotada. ■

## BIBLIOGRAFIA DE FELIX URABAYEN

### Novelas

#### *Toledo: Piedad*

- Badajoz, 1920
- Madrid, Espasa-Calpe, 1925

#### *La última cigüeña*

- Madrid, Espasa Calpe, Col. "Contemporánea", núm. 61, 1921.
- Madrid, Espasa Calpe, Col. "Los nuevos", 1921.
- Madrid, "Novelas y Cuentos", núm. 61, 1930.
- San Sebastián, Auñamendi, 1982.

#### *Toledo la despojada*

- Madrid, Espasa Calpe, 1924

#### *El barrio maldito*

- Madrid, Espasa Calpe, 1924.
- París, Les éditions Rieder, 1932.
- San Sebastián, Auñamendi, 1982.

#### *Vida ejemplar de un claro varón de Escalona*

- Madrid, Imprenta Ciudad Lineal, "Cuadernos literarios", 1926.

#### *Centauros del Pirineo*

- Madrid, Espasa Calpe, 1928.

- París, Les éditions Rieder, 1933.
- San Sebastián, Auñamendi, 1982.

#### *Por los senderos del mundo creyente*

- Madrid, Espasa-Calpe, 1928.

#### *Vidas difícilmente ejemplares*

- Madrid, Imprenta Zoila Ascasibar, 1930
- Madrid, "Novelas y cuentos", 1931.

#### *Tras de trotera, santera*

- Toledo, Imprenta de la Asociación para Huérfanos de Infantería, 1932.

#### *Serenata lírica a la vieja ciudad*

- Madrid, Espasa-Calpe, 1928.

#### *Estampas del camino*

- Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

#### *Don Amor volvió a Toledo*

- Madrid, Espasa-Calpe, 1936.
- Barcelona, Planeta, 1963 en *Las mejores novelas contemporáneas*, J. Entrambasaguas.

#### *Bajo los robles navarros*

- Madrid, Espasa-Calpe, Col. Austral, núm. 1.361, 1.365.